

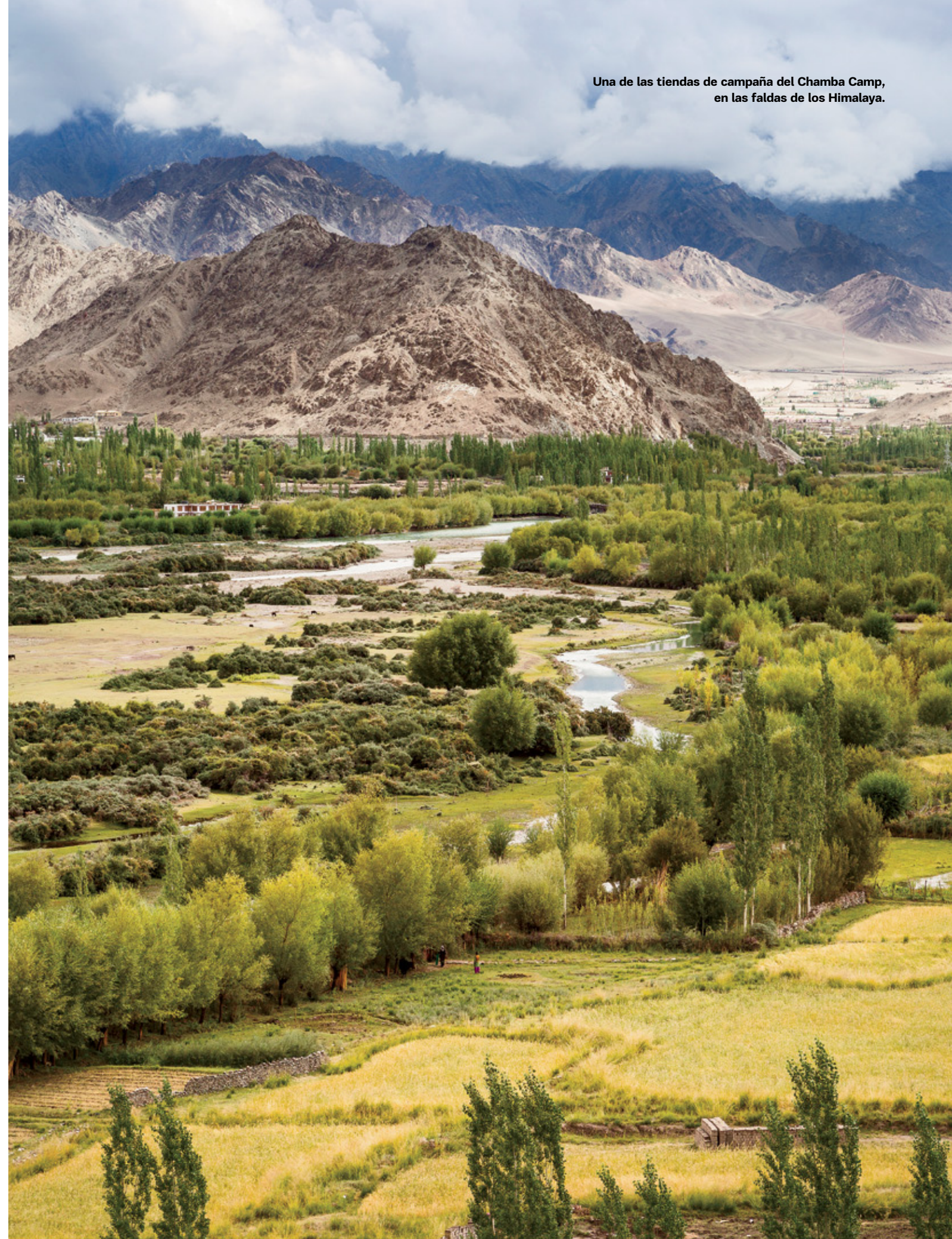
# WUTHERING HEIGHTS

**Domingo Álvarez** viajó a Ladakh, en el norte de India, para descubrir una región habitada por creencias milenarias, voces ancestrales y vistas que nos recuerdan los primeros días del mundo... un lugar de donde la magia tampoco se ha ido.

Fotos **Fabien Tijou**



Una de las tiendas de campaña del Chamba Camp, en las faldas de los Himalaya.



“Y, HECHO DE CONSONANTES Y VOCALES,  
HABRÁ UN TERRIBLE NOMBRE, QUE LA ESENCIA  
CIFRE DE DIOS Y QUE LA OMNIPOTENCIA  
GUARDE EN LETRAS Y SÍLABAS CABALES”.

—JORGE LUIS BORGES

El sol aún no rompe el horizonte y nosotros ya caminamos en dirección a las montañas. Las nubes, perezosas, descansan sobre los jardines y se nos pegan a la ropa. El azul apenas se adivina sobre el gris que nos envuelve. Los pies descubren el suelo que aparece al tacto como por arte de magia. A lo lejos, el sonido de unas trompetas en sordina. Su rugido intermitente se repite sobre las piedras y nos alcanza amplificado. Es como si los murmullos musicalizaran el vacío. Avanzamos a ciegas, siguiendo una voz sin rostro que parece nacer de las rocas.

Al final del sendero encontramos a Dhammo. Sus movimientos pausados, sonrisa cálida y palabras serenas nos arropan como una extensión de la tierra. “Julley”, nos saluda al tiempo que se lleva la mano derecha al pecho y hace una reverencia. “Es nuestra palabra para dar la bienvenida, despedirnos y agradecer”. Otro grito de las trompetas y nuestro guía levanta el dedo como si lo pudiera tocar en el aire. Sus ojos nos dicen que el llamado también está dirigido a nosotros. Terminamos el recorrido —unos siete minutos entre la cordillera— a bordo de un Jeep que rebasa el océano blanco que se desparrama, incontenible, en todas las direcciones.

Dejamos el auto afuera de una enorme construcción blanca que se levanta, obstinadamente, sobre el filo de la montaña. En el patio interior del monasterio de Thiksey —construido en el siglo xv—, un mural cuenta la historia de Buda y sus 16 arahats, los emisarios encargados de compartir sus enseñanzas por el mundo. Dhammo recuerda que uno de ellos, Bakula, el encargado de recorrer la región transhimalaya, aún vive reencarnado en el monasterio de Spituk, a menos de 20 kilómetros de aquí. Ésta sigue siendo tierra divina.

Llegamos a la azotea del monasterio en donde dos monjes con túnicas rojas y gorros amarillos —indicador de que Thiksey pertenece a la tradición Gelukpa del budismo— le hacen frente a las montañas. La cordillera del Karakórum al norte, los Himalayas, orgullosos, hacia el sur y, en medio, los pueblos que despiertan lentamente. Una instantánea que a esta hora se pinta de dorado. Son ellos quienes nos llamaron con el canto de los *dung chen* y los *dung kar* —trompetas y conchas de mar— que ahora animan a las nubes en su pesado ascenso y congregan a más de 150 monjes en la azotea.

Seguimos a la procesión que entra ceremoniosamente a una habitación de azules, amarillos y rojos brillantes. Encuentro un lugar en el suelo y junto a mí, dos monjes en oración. Aquí no hay intrusos. Soy un eslabón más en el círculo que se ha formado. El olor a incienso es ligero; los cantos, hipnóticos. Las palabras incomprensibles se repiten monótonamente. Buscan una lengua que está más allá de las palabras y que, como la música frenética que inunda la sala —cimbales, campanas, tambores—, persigue un estado anterior a los nombres. Las palabras dejan de ser tierra firme y el sonido se me presenta como un camino luminoso: un lugar sin referencias ni asideros. Entiendo que en esta región hay que olvidar el lenguaje y dejarse sorprender de nuevo por un mundo inconquistable. Abandonamos el rezo y vemos el valle que se abre a nuestros pies como la promesa de una historia única. El aire es transparente y nuestra mirada parece extenderse al infinito. Un nuevo día comienza en Ladakh.

Los monasterios descansan sobre las rocas; especias como canela, comino y cardamomo antes de llegar a la cocina del campamento.



Tsering Chondol prepara el té de mantequilla de leche de yak.



Vista del monasterio de Thiksey desde la tienda de campaña; arriba: comedor del Chamba Camp.

### DÍA 1: LAS GRANDES ALTURAS

El aterrizaje en el aeropuerto de Leh es dramático. Desde la ventanilla vigilo nuestro acercamiento a la pista, trazada sobre una gran planicie de tierra que amenaza con devorarla. La nave, de por sí pequeña, se encoge al pasar entre el hielo de los Himalayas, colándose entre picos que rebasan la mirada, con la esperanza de terminar en el lugar señalado. Una vez en tierra, sorprende voltear al cielo y comparar la altura a la que volábamos contra el sistema montañoso más alto del mundo.

Tras 20 minutos de camino que descubren llanuras interrumpidas únicamente por casas de pastores y estupas, llegamos al Chamba Camp, una colección de casas de campaña a más de 3,000 metros de altura en los terrenos del monasterio de Thiksey. Las tiendas de lona remiten a los campamentos de los exploradores británicos que mapearon la región: baúles de madera y piel, lámparas de latón sobre un secreter, sillones bajos y un pórtico para ver el día pasar frente al monasterio que desde aquí se nos presenta como una pequeña ciudad enclavada en la montaña. El campamento opera entre junio y septiembre y, como parte del acuerdo con el monasterio para instalarse en sus terrenos, quedó pactada la protección de la naturaleza. En donde antes hubo un terreno dominado por las piedras ahora crecen jardines, y un

rasgos de los campesinos hablan de un árbol genealógico con raíces en el budismo del continente. Leh fue parte de la ruta de la seda y, desde entonces, sus vías han visto pasar a budistas y a musulmanes que buscan apuntalar su dominio en la zona (una situación peculiar en un país predominantemente hinduista). “Somos indios. Para nosotros, Ladakh es parte de India, pero cuando viajamos a Delhi o Bombay nos discriminan. Aquí, la religión pesa más que la geografía”, nos cuenta Dhammo. La diversidad es evidente: en las calles de Leh tomamos un té de leche de mantequilla de yak, una infusión morada de olor fuerte y gusto salado, predilecta de los monjes budistas. Unas esquinas más adelante compro un *kulcha*, un pan de tradición paquistaní cocinado en un tandoor escarbado en el suelo.

Me pierdo en las calles de la ciudad –un descuido afortunado que me aleja de la avenida principal– y me sorprende un edificio que perdió la mitad de su cuerpo para dar paso a una estupa de unos 10 metros de alto. La calzada pertenece tanto a los niños que juegan críquet como a los borregos que entorpecen su partida. Se me ocurre que aquí hay una armonía que rebasa los conflictos históricos. Para una cultura que tiene la reencarnación por destino, el paraíso está en la tierra. La resolución está escrita en presente; sólo es cuestión de aprender a leerla.

## COMO EL VIENTO PUEDE LEER Y ORAR, EL TINTINEO TAMBIÉN ES UNA FORMA DE PLEGARIA.

### DÍA 3: EL CAMINO DE LA ILUMINACIÓN

Nuestro campamento toma su nombre del vigésimo noveno Buda. Chamba es, en ladakhi, el Buda de la compasión. Sobre unas tazas de té de leche de yak –que comienza a gustarme–, los monjes de Hemis relatan que en el año 5000 (de un calendario que vive

el 2559) el budismo de Siddhartha Gautama desaparecerá y su regreso llegará de la mano de Chamba. El budismo tibetano, me explican, son muchas escuelas que desembocan en el mismo final.

Cuando los mongoles invadieron Ladakh, no encontraron el monasterio de Hemis. Su lugar privilegiado a más de 3,500 metros de altura lo esconde de los viajeros. Construido en el 1630 por el lama Tagstang Raspa –quien ahora vive su sexta reencarnación en el Tíbet–, su forma de mandala sintetiza los principios geométricos de la arquitectura budista: un gran patio al centro, un salón para reuniones y galerías con relieves de piedra pintada.

Con el cuerpo aún caliente por el té, partimos de Hemis con rumbo al Alchi Choskor. El complejo monástico del siglo XI es un buen pretexto para atravesar el distrito por un trayecto flanqueado por los Himalayas: a un lado, la cordillera de Sanska, lisa y colorida, y, del otro, la cordillera Ladakh, más joven y pronunciada. Alcanzamos el río Indo que vemos desde un puente decorado con cientos de pañuelos. Todos tienen mantras y se agitan dando color al viento. Su movimiento eterno repite las oraciones. Mientras no se detengan, el rezo continúa. La leyenda cuenta que el sauce llorón a la entrada de Alchi creció del bastón del lama Lotsawa Rinchen Zangpo, fundador del templo. Es el único de su especie en Ladakh. Giramos todas las ruedas de oración que nos encontramos. Siguiendo el mismo principio que los pañuelos que vimos colgar del puente, las campanas que suenan son repeticiones de los mantras que hay al interior de la rueda. Como el viento puede leer y orar, el tintineo también es una forma de plegaria. Hasta el movimiento más discreto guarda una señal para quien se detenga a descifrarla.

estanque artificial nutre el huerto que sirve a las cocinas del campamento, al monasterio y a sus trabajadores.

El primer día lo dedico al terreno. A caminarlo siguiendo el itinerario de los riachuelos, a sentirlo cuando me acuesto a leer un libro a la luz de las montañas que por la tarde se tiñen de azul y a probarlo en los momos y *dim sums* de cordero que Simarpal, el chef *punjabi* que orquesta la cocina, hace desfilar sobre las mesas de la tienda-comedor. Rápidamente olvido la recomendación del doctor del campamento –“hoy no hagas alguna actividad física demandante; tu cuerpo se debe acostumbrar a la altura”– cuando Narender, nuestro mayordomo, me invita a un juego de voleibol con el equipo del campamento.

Tan cerca del cielo, todo es más ligero.

### DÍA 2: LEYENDO EL DESTINO

Es una panorámica del medioevo: los pequeños pueblos de Ladakh han crecido alrededor de los monasterios como feudos salpicados por la comarca. Cada uno con sus líderes, templos y su cotidianidad irrepitible. Entre ellos, caminos marcados por estupas: esculturas que representan al Buda sentado en flor de loto. Su repetición obsesiva sella el carácter sagrado de la zona. Es un abecedario de lo divino construido con materiales terrenales. Un código que se me revela poco a poco.

Nos dirigimos a Leh, la ciudad principal para una región sin forma. Pasamos viviendas de tabique que cuentan la historia de una zona en disputa y templos que coronan riscos y nos recuerdan el Tíbet –techos curvos apoyados sobre columnas rojas, ventanas ornamentadas con detalles dorados–. Los



El corredor que resplandece con el sonido de los mantras giratorios sale a una sala con frescos de más de mil años de antigüedad. Un sinfín de Budas me observan desde las paredes: son los *bodhisattva*, los aspirantes a completar las tres etapas de iluminación que te convierten en Buda. Quienes buscan, según las enseñanzas de Gautama, dejar atrás el sufrimiento de sabernos incompletos. De tener una falta insalvable. Recuerdo las palabras de los monjes y su edificio sin final: cada quien tiene un camino, pero el desenlace es común para todos. Cada quien, su propio mandala.

Esa noche encuentro sobre mi cama una nota. Es una historia. Dos monjes viajaban junto a un río cuando encontraron a una mujer. Preocupada por la corriente salvaje del agua, les pide ayuda para llegar al otro lado. Uno de ellos duda pero el otro, sin pensarlo, la levanta y, sobre sus hombros, la lleva a la orilla opuesta. El primero, evidentemente intranquilo, le recuerda a su compañero que su entrenamiento espiritual les prohíbe tener contacto físico con una mujer. El segundo, le responde seguro: “Yo la dejé del otro lado del río mientras que tú sigues cargando con ella”. Y una lección: la práctica de una creencia es más importante que adherirte a la rigidez de creer en una práctica.

#### DÍA 4: TODO O NADA

La camioneta avanza rebotando sobre las piedras. Hoy llueve en Ladakh y las nubes no nos dejan ver el camino que bordea las montañas. Tal vez es mejor: entre risas, Dhammo dice que estaríamos más nerviosos si viéramos las caídas que se abren a unos centímetros de las llantas.

Apenas una hora antes recordábamos una conversación pasajera. “En las montañas todavía hay comunidades de pastores nómadas que no han querido bajar al valle”, dijo alguien. Naturalmente, decidimos salir a buscarlos. Después de todo, es nuestro último día y la lluvia amenazaba con atraparnos en nuestras casas de campaña. “Hay un precepto budista que señala que puedes planearlo todo, pero, al final, estamos sujetos a la voluntad de las montañas”, dice Salil, nuestro chofer.

Pinturas en el patio interior del monasterio de Hemis; página opuesta: dos monjes contemplan el amanecer desde Thiksey.

Nos aventuramos por la carretera de Warila, uno de los pasajes más altos del mundo. El paisaje mineral truena bajo nosotros. Hace frío y vamos en silencio, mirando fijamente al vacío que se cierra alrededor. Buscamos una silueta que se dibuje en el blanco impenetrable. Sabemos que es improbable y discutimos si sería mejor volver, si embarcarnos en esta persecución de sombras era una necesidad innecesaria, cuando, sin más explicaciones, Salil gira el volante y detiene el auto. Dhammo, entiende la señal y baja. Lo seguimos. Menos de 30 segundos y ya estamos mojados de pies a cabeza. Corremos para no perder de vista a nuestros guías que se mueven seguros entre las rocas.

Los alcanzamos: tres siluetas en una conversación muda. Nuestros dos guías y un anciano que les señala un punto perdido más allá de nuestra mirada. Seguimos la indicación hasta una tienda gris que se enfrenta al viento como un barco a una tormenta. Dhammo se asoma y nos hace una seña. “Vengan”, sonrío. Apenas entramos, reconocemos el olor penetrante del té de yak. Nos ofrecen un trago en una vieja lata de aluminio. El líquido nos recorre como una fogata: el calor nos reconforta desde el interior. Frente a nosotros está Tsering con sus dos hijos. Nos vemos a los ojos y entablamos un diálogo silencioso—de sonrisas, de confianzas, de cariño—. Después de una hora (o lo que parece una hora), Dhammo me dice que es hora de volver. Si se hace de noche será imposible. “Julley”, me despido de Tsering quien me sonrío de regreso.

Salimos de la tienda y recuerdo el frío de la montaña. Caminamos unos metros y volteo. El campamento ya desapareció detrás de las nubes. Pienso en Tsering y en todo lo que, sin emitir un sonido, me contó y en lo que le dije... En las montañas se esconde un secreto y en Ladakh, una palabra que comprende el universo. ✚

